



NO FALTABA MÁS

Claudio Bertoni
*Editorial Cuarto
 Propio, Santiago,
 2005, 133 pági-
 nas. Precio de re-
 ferencia, \$6.000.*

Sacar un graffiti del cubilete defecatorio e instalarlo en la mitad de una página blanca de un libro convencional de poesía —nuevo espacio artístico como campo semántico de reatribución de significación—, constituye sin duda un acto de recontextualización que redimensiona el graffiti en cuestión. Y más aún si dicho graffiti consta de dos versos octosílabos con leves aliteraciones incluidas. El urinario de Duchamp en la sala de un museo todavía nos tiene pensando. Es que la recontextualización aumenta la ambigüedad del texto y su mensaje, y reclama nuevas capacidades interpretativas del lector. Pasa de ser "funcional" a ser "estético".

Pierde utilidad, pero gana espectador. Como dice María José Rossi, "no está a mi servicio, sino que son mis facultades —estéticas, hermenéuticas, semióticas— las que están al servicio de sus significados recónditos y de sus arcanos abismales". Y de esa manera se esfuma el límite entre arte y realidad, entre lo que sucede en las calles y lo que acontece en los libros. ¿Pero qué texto de defecatorio insigne motiva estas palabras? Bueno, no es uno solo, pero citaremos —con la venia del lector— el siguiente: "iqué bien se siente el pico / después de una buena cachal". ¿A usted lo pondría a reflexionar si lo leyera en la puerta que tiene contra sus narices en un retrete público? Desde luego, le sacaría una sonrisa de complicidad y compadrazgo, pero jamás una meditación estética y mucho menos ética sobre la poesía, sus legitimidades y sus tradiciones. Pues bien, toda esta obra de Bertoni —que vuelve aquí a excomulgar la pedantería y a desterrar la gravedad,

como afirmara Enrique Linh hace ya algunos años respecto de sus primeros poemarios— se genera desde ese plano de desplazamientos y tautologías, de desfachatez y provocación, al mismo tiempo que en un sentido del humor sin ironías y en una reconfortante complacencia por el cuerpo copulativo y la vida en general. Y si usted ha logrado salvarse de la solemnidad y de la circunspección medioambiental, del simulacro existencial que le imponen la rutina y el deber, le recomiendo que se haga de un ejemplar y que cada día se instale con él en su propio y "sagrado" gabinete evacuatorio: se relajará, se entretendrá, se redimensionará y, finalmente, se reconciliará con la poesía después de tantas pesadeces y con su propia vocación de desparpajo. Yo, por mi parte, condecoro a Bertoni con una medalla con el rostro de Cayo Valerio Catulo grabada en ambas caras.